

XXXI

FIN DEL IMPERIO

La revolución había triunfado moralmente antes de derribar materialmente al Imperio. Alemania venció, porque era fuerte el principio de autoridad y, como consecuencia, había unidad en el mando y en la acción: el rey era respetado y obedecido, encarnaba el principio de autoridad, que nadie se hubiera atrevido á discutir; Moltke dirigía la acción militar, Bismarck la política; y todos, así el príncipe heredero como los soberanos confederados y el último soldado, cumplían con su deber, con la pasividad que en las guerras constituye la fuerza de los ejércitos y de los pueblos. En Prusia y en la Alemania del Norte todo el mundo estaba al lado del rey de Prusia; mientras en Francia la oposición lo aprovechaba todo para quebrantar al gobierno, primero, y al emperador luego; y á fuerza de mandar todo el mundo, no mandaba nadie.

En la Cámara se habían oído gritos revolucionarios, que debían convertirse en tempestades. — «Por la salvación de la patria, desaparezca el ministerio,» se había exclamado al tenerse noticia de las primeras derrotas. Julio Favre propuso que el emperador abandonase el cuartel general y se constituyese un comité ejecutivo para rechazar la invasión. — «Esta proposición, dijo el presidente Schnéider, es revolucionaria,» á lo que añadió Granier de Casagnac, que si fuese gobierno sometería á quienes tal pedían á un consejo de guerra. — «¡Fusiladnos!,» gritó Julio Simón.

En la sesión del 14 de agosto, Gambetta leyó lo siguiente de la *Espérance*, de Nancy: «Ayer viernes, 12 de agosto de 1870, á las tres de la tarde, fecha dolorosa para nosotros y nuestros descendientes, cuatro soldados prusianos han tomado posesión de la ciudad de Nancy, capital de la Lorena y del departamento del Meurthe.» La noticia asombró, indignó. Después se tuvo la explicación de lo ocurrido: la víspera fué bruscamente evacuada la ciudad, que quedó sin autoridades militares ni civiles; la guardia nacional no estaba organizada y no había armas ni municiones; y el prefecto, al marcharse, había publicado una alocución invitando á los vecinos á dispensar buena acogida á los prusianos si se portaban bien; lo que hizo suponer que los cuatro uhlanos eran una avanzada del ejército del príncipe real.

El 24 se renovó la vergüenza de Nancy, y Gambetta volvió á leer en la tribuna otro periódico que decía que cinco soldados prusianos de caballería

habían tomado posesión de la ciudad de Chalóns. El alcalde se excusó diciendo: «Pedimos armas y no se nos dieron. No teníamos ni un fusil ni un cartucho. La víspera de invadir el enemigo á Chalóns, evacuaron la ciudad todos los militares, hasta el último gendarme.»

Thiers, más sensato que los republicanos, no quería derribar al ministerio. El 31 de agosto el diputado alsaciano Keller trazó un sombrío cuadro de los estragos hechos por los cañones alemanes que sitiaban á Estrasburgo. Con este motivo se discutió con pasión; la izquierda dijo que el gobierno personal había sucumbido y pidió que se le sustituyera por otro formado por Palikao, Trochu, el presidente de la Cámara, Thiers y dos miembros de la mayoría. En tanto discutían los parlamentarios, los alemanes vencían.

Thiers quería que Mac-Mahón regresara con el ejército á París. Como insistiera la noche del 2 al 3 de septiembre en esta idea, pensando en la salvación de Francia, Jerónimo David le dijo en voz baja: «No insistáis;» y cuando estuvieron solos añadió: «El emperador es prisionero; el mariscal Mac-Mahón ha sido herido mortalmente.»

A la mañana siguiente la emperatriz llamó á Thiers, enviándole á uno de sus amigos, Mérimée, y después por conducto del príncipe de Metternich, pero alegó que ya nada podía hacer, y no fué. Al presentarse en la Cámara le rodearon los principales miembros de la izquierda diciéndole: «La revolución es inevitable; poneos á nuestra cabeza y salvemos á Francia.» No aceptó, pues deseaba que la Cámara declarara vacante el trono y nombrase una comisión parlamentaria que pidiera el armisticio y convocase una asamblea nacional. A las tres se abrió la sesión y Palikao habló con vaguedad de la catástrofe de Sedán, añadiendo que iba á hacer un llamamiento á las fuerzas vivas del país. «La Cámara ha perdido al país,» exclamó un diputado de la mayoría. «Basta de contemplaciones, dijo Julio Favre. ¿Dónde está el emperador? ¿Da órdenes á sus ministros?» — No, contestó Palikao. — «Esta contestación me basta, replicó Favre, pues habiendo dejado de existir el gobierno...» La derecha y el centro acogieron estas palabras con murmullos y protestó contra ellas el presidente. «Protestad cuanto queráis, dijo Favre. Lo que importa es que todos los partidos desaparezcan ante un nombre militar que represente á Francia y á París. Este nombre es conocido, y ante él deben desaparecer todos los fantasmas de gobierno.»

Todos comprendieron que se trataba de Trochu. Por la noche se supo todo lo ocurrido en Sedán, que había tratado de atenuar y ocultar el ministerio. Muchos diputados fueron á casa de Schnéider para pedirle que convocara la Cámara aquella misma noche. Cedió contra su voluntad; se avisó á Palikao, quien contestó que no asistiría á la sesión. Las noticias funestas se concretaban de hora en hora. En la embajada inglesa y en la belga se habían recibido despachos oficiales que comunicaban la capitulación de sesenta mil hombres y que el emperador era prisionero de los alemanes. A las seis convocó la emperatriz á los ministros á consejo, que duró dos horas, y en el cual se acordó publicar un

manifiesto anunciando á los franceses la desgracia que había sufrido la patria. Véanse los términos en que fué redactado: «Después de tres días de luchas heroicas, que el ejército de Mac-Mahón ha sostenido contra trescientos mil enemigos, han sido hechos prisioneros cuarenta mil hombres. El general Wimpffen, encargado del mando en lugar del mariscal gravemente herido, ha tenido que capitular. Esta terrible desgracia no disminuye nuestro valor. París se halla hoy en estado de defensa. Se organizan las fuerzas militares del país, y dentro de pocos días habrá un nuevo ejército dentro de los muros de esta capital. Se está formando otro ejército á orillas del Loira. Vuestro patriotismo, vuestra unión, vuestra energía salvarán á la patria. El emperador ha sido hecho prisionero en el combate. El gobierno, de acuerdo con las Cámaras, adopta las disposiciones que exigen la gravedad de los sucesos.»

Faltaba poco para las doce de la noche cuando este manifiesto fué impreso y fijado en las esquinas; pero mucho antes se había esparcido ya la voz de que las noticias fatales que circulaban eran verdaderas. Grandes masas recorrían las calles; y las voces «¡Destitución! ¡Destitución! ¡República!» resonaron cada vez más atronadoras. Trochu, á quien se instó para que hablase al pueblo, invitó á la multitud á acudir á la Cámara, diciendo que su misión se reducía á dirigir la defensa. Delante del cuerpo legislativo calmó Gambetta á las turbas diciendo que aquella misma noche celebraría sesión la Cámara. Un diputado propuso á Palikao que asumiese la dictadura militar, pero se negó. Cuando la Cámara abrió la sesión, era la una de la madrugada, y entonces Palikao, que á pesar de su negativa asistió á ella, tomó la palabra sólo para pedir el aplazamiento de la sesión hasta el mediodía. «Mañana será tarde,» gritó un diputado. Contestó Favre que nada temía, que no se oponía al aplazamiento, y presentó la siguiente proposición en nombre propio y de sus amigos: «Art. 1.º Luis Napoleón Bonaparte y su familia quedan privados de los poderes que les ha conferido la Constitución. Art. 2.º El cuerpo legislativo nombrará una comisión, á la que se investirá de todos los poderes del gobierno y que tendrá por misión resistir á todo trance y arrojar al enemigo del territorio. Art. 3.º El general Trochu continuará en las funciones de gobernador de París.» Ninguno de los ministros protestó ni tampoco la mayoría de la Cámara; sólo el anterior ministro Pinard exclamó indignado: «No podemos hacer eso; nosotros no podemos decidir la destitución.» La sesión duró apenas diez minutos.

El resto de la noche pasó tranquilamente. El ministerio no tomó disposiciones contra los desórdenes que eran de esperar el siguiente día. A las siete de la mañana del 4 de septiembre volvieron á reunirse los ministros en el aposento de la emperatriz y resolvieron excitar á la Cámara á formar un consejo de regencia, nombrando á Palikao lugarteniente. Este último se creyó bastante fuerte para poder sofocar una sublevación. Era domingo y el tiempo magnífico; la población de los arrabales acudió al centro de la capital, reuniéndose en el transcurso de la mañana millares de personas, particularmente en los alrededores

del cuerpo legislativo, esperando la destitución de la dinastía. El edificio estaba rodeado y guardado por la policía y mucha tropa. La excitación creció cuando hacia el mediodía corrió la voz de que se había proclamado la República en Lyon y de que la guarnición había fraternizado con el pueblo. Entretanto se firmaban en el cuerpo legislativo porposiciones pidiendo la instalación de una comisión gubernativa, pero no la destitución de la dinastía. Thiers también había formulado una proposición en este sentido, que empezaba así: «En atención á estar vacante el Poder;» pero los miembros de la derecha, cuyas firmas solicitaba Thiers, no quisieron admitir este preámbulo, porque la regente representaba todavía el poder gubernativo, y al fin se conformó Thiers en modificarlo de este modo: «En vista de las circunstancias,» con lo cual reunió cincuenta firmas para su proposición. Entretanto llegaron los ministros y solicitaron firmas para su proposición encaminada á constituir «un consejo de regencia.» Este nombre fué conceptuado también arriesgado y peligroso, y por lo mismo la derecha pidió que se dijera: «Consejo de gobierno.» Después de mucha resistencia accedió la emperatriz á esta variación, de la que la enteró Duvernois, enviado por Palikao.

La emperatriz no quería que se apelase á la fuerza para dominar la situación, pero tampoco se avenía á abdicar; y si bien acabó por acceder, retrocedió aconsejada por Jerónimo David, fijándose los que la rodeaban en la idea de un nuevo consejo de regencia. A eso de las once de la mañana fué cuando el ministro del Interior tuvo noticia de que en Lyon se había proclamado la República sin oposición del ejército. En París los soldados comenzaron á dar muestras de indisciplina. En el cuartel Napoleón dieron algunos vivas á la República.

La sesión se abrió á la una. A fin de proteger á la Cámara y al gobierno contra los sucesos graves que se preparaban y que todo el mundo preveía, el ministro del Interior, Chevreau, consultó con Pietri, prefecto de policía, el cual le aseguró que había prevenido á los diferentes jefes de su servicio y que había encontrado á su gente en la actitud más decidida, pudiendo tenerse la seguridad de que cumpliría con su deber. Se situaron grandes fuerzas de policía cerca del palacio de Borbón, y cuando el ministro se dirigió al mediodía á la Cámara, vió que los comisarios de policía y los guardias de la paz habían formado con los guardias municipales de la ciudad y los individuos de la policía, que componían juntos tres mil hombres, una barrera imponente alrededor del cuerpo legislativo. Las tropas y la guardia nacional ocupaban el puente.

Estas medidas de precaución excitaron el disgusto del conde de Keratry, porque eran contrarias al complot que había formado con los revolucionarios. Apenas se hubo abierto la sesión de la Cámara, Keratry, en nombre de la oposición, tomó la palabra y dijo: «La dignidad de la Cámara, único poder que en las circunstancias actuales existe, pide que no esté custodiada ni por tropas de línea ni por guardia municipal. ¿Cómo ha podido el señor ministro de la Guerra

dar órdenes contrarias á las del general Trochu? El señor ministro de la Guerra ha faltado á su deber.»

El ministro de la Guerra declaró en su defensa que el general Trochu tenía que cuidarse solamente del servicio exterior reclamado por la defensa de París y sus obras de fortificación, preguntando seguidamente: «¿De qué se queja el señor conde de Keratry? ¿Se queja de que engalano demasiado á la novia? Rodeo al cuerpo legislativo de la fuerza necesaria para mantener el orden y asegurar á sus debates completa libertad, y el señor diputado se queja. Si no hubiese procedido así, se quejaría quizás de que exponía á la Cámara á la presión de fuera.»

Dicho esto, leyó Palikao el proyecto de ley redactado por el consejo de ministros, que pedía que la Cámara eligiera por mayoría absoluta de votos una comisión de cinco miembros para encargarse del gobierno y de la defensa del país, y que fuese nombrado Palikao lugarteniente general. La comisión elegiría los ministros. Esta proposición fué recibida con silencio glacial; Favre pidió la urgencia para su proposición de destitución. Thiers se levantó y dijo que daba la preferencia á esta proposición, que tenía en su favor la mayor claridad; pero como ante todo era menester la unión, presentaba esta otra proposición: «En vista de las circunstancias, la Cámara nombrará una comisión para encargarla del gobierno y de la defensa del país. Se convocará una asamblea constituyente tan pronto como lo permitan las circunstancias.» Se decidió la urgencia para las tres proposiciones, y á la una y cuarenta minutos se suspendió la sesión para que las secciones pudiesen elegir la comisión. La sesión debía reanudarse á las dos y media. Cuando los diputados se hubieron retirado, el ministro Chevreau salió del edificio para ver lo que pasaba fuera, y quedó sorprendido al observar que habían desaparecido las fuerzas de policía. Preguntó á dos oficiales de la guardia nacional adónde habían ido á parar, á lo cual contestaron: «Se las ha enviado á otro punto, y todavía las puede usted ver desde aquí.» En efecto, se las veía todavía en movimiento de retirada á la altura del muelle de Orsay, y los oficiales añadieron que se retiraban por orden de un general.

Desde la una y media estuvo la Cámara sin protección y todas sus inmediaciones fueron ocupadas muy pronto por las masas del pueblo.

Al volver á abrirse la sesión había redactado el dictamen la comisión de los nueve, que decía: «La comisión ha examinado las tres proposiciones cuyo estudio se le ha encargado, y después de haberlas puesto á votación una tras otra, ha resultado reunir el mayor número de votos la proposición del Sr. Thiers. No obstante, la comisión ha hecho á ella dos adiciones, una de las cuales fija el número de los miembros que deben formar el gobierno de la defensa nacional, y la otra las atribuciones que deben darse á este gobierno. Este es ahora el texto que sometemos á vuestra aprobación:

«En atención á las circunstancias, la Cámara nombrará una comisión, compuesta de cinco individuos del cuerpo legislativo.

»Esta comisión nombrará los ministros. Tan pronto como lo permitan las circunstancias, se invitará á la nación á elegir una asamblea constituyente que se pronuncie sobre la forma de gobierno.»

Quedaba, pues, asegurada la aprobación por todos los partidos; la misma emperatriz no había objetado nada al ser consultada, y la gran cuestión de la creación de un nuevo poder supremo estaba al parecer en camino de ser resuelta por el acuerdo unánime de todos los interesados. El Sr. Martel, al salir de la sección para leer en la tribuna su dictamen, vió en el patio y en los pasillos del edificio caras siniestras. La sala de sesiones había sido invadida por las masas del pueblo, que se derramaban por el interior del edificio, oyéndose confuso vocerío en medio del ruido de vidrios rotos, cantares, exclamaciones y alaridos, distinguiéndose entre los gritos los de «¡Destitución!, ¡República!,» y viéndose también brillar algunas armas. Eran las dos y quince minutos.

Lo que sucedió entonces debe ser referido con pormenores, porque en ellos se encuentra representada ya la historia ulterior del París armado.

En la edición de la mañana del *Siècle* había aparecido una noticia en letra pequeña, que decía: «Se han dado cita miles de guardias nacionales delante del cuerpo legislativo, sin armas, á las dos de la tarde.» Siendo domingo, nada tenía que hacer el ejército de obreros de los arrabales, y á las once de la mañana se dirigió con mujeres é hijos por los muelles y los bulevares hacia la plaza de la Concordia, adonde fueron también á las doce guardias nacionales sin armas y jóvenes vestidos de paisano, pero con kepis nuevos en la cabeza. Estos kepis eran el distintivo de los jefes, que debían dar la señal de penetrar en la Cámara. Después de éstos llegaron compañías enteras de guardia nacional con sus tambores y precedidas de sus jefes, formando filas correctas.

Que hubo este triple concurso lo dijeron y confirmaron muchos testigos: uno de ellos, el general Soumain, refirió lo siguiente: «A las diez y media vi pasar por la plaza de Vendôme la vanguardia de la revolución; eran hombres que llevaban blusas blancas y gritaban: «¡Destitución!, ¡destitución!...;» pero como estas bandas son frecuentes, precediendo ó siguiendo á los regimientos que salen á hacer sus ejercicios, no me alarmaron mucho. Hacia las doce y media vi algunos caballeros con gabanes y la cabeza cubierta con un kepis, seguidos de guardias nacionales con uniforme, los primeros sin armas, pero después otros con armas, y entonces creí que se trataba de una manifestación. Detrás de éstos vinieron batallones enteros armados, que silenciosos y en buen orden se dirigieron á la plaza de la Concordia, y entonces me persuadí de que se trataba de una revolución.»

Siguiendo un plan secreto, dirigido por manos invisibles, se realizó sin obstáculo todo el programa convenido, porque desde la marcha del general Vinoy á Mezieres había quedado la ciudad sin ejército, y las tropas de la policía habían abandonado en el momento decisivo su posición delante de la Cámara. Uno de los iniciados tuvo el descaro de escribir al cuestor Hebert en la maña-

na del 4 de septiembre, pidiéndole dos tarjetas de entrada para él y su hija, «porque querían asistir á la invasión de la Cámara aquel día.»

Las tribunas de la Cámara habían sido invadidas á primera hora por personas á quienes la policía conocía muy bien como jefes de clubs secretos, y que más adelante aún fueron más conocidas por todo el mundo en tiempo de la *Commune*. En la tribuna que antes había servido para los diputados se encontró también el conde de Resseguier, el cual dijo después que había estado sentado el citado día en la tribuna con los señores Miot y Beslay y algunos otros que más adelante figuraron en la *Commune*; que cuando la conferencia en las secciones se prolongó un tanto, se habían puesto muy agitados; que Miot se había levantado diciendo que si no se decidían pronto, sería menester acabar, y que él enseñaría cómo se acababa; que después de decir esto había salido, y á su vuelta, al cabo de quince minutos, había dicho: «Ya está hecho, ahí vienen.» En efecto, al momento, primero la tribuna y algo después la sala de sesiones, quedaron llenas de populacho, que vociferaba. En la misma tribuna estaba sentado el general Le-Fló, que dijo después, describiendo la invasión de la Cámara: «Comienzan tres, cuatro, cinco ó seis individuos que consiguen persuadir á los guardias y al fin los dejan pasar; á éstos siguen diez, veinte, cincuenta hombres de mala facha, y finalmente resulta la Cámara inundada por setecientos ú ochocientos individuos procedentes no se sabe de dónde y nada recomendables.»

Lo mismo que sucedió en el interior del palacio de Borbón ocurrió en el exterior, promovido por miembros de la Cámara; porque cuando los guardias nacionales, guiados por los individuos que se distinguían por llevar kepis, pasaron por el puente de la Concordia y desembocaron en el muelle delante de la Cámara, vieron en las gradas de la columnata exterior á diputados y periodistas conocidos de ellos, que les hacían señas con sus pañuelos y les animaban con gritos y gestos á romper las filas de la guardia municipal y á aproximarse al edificio. Entre los que hacían tales señas figuraban los diputados Ulbach, Chassin y otros, pertenecientes á diferentes partidos. Por otra parte se aproximaron á los grupos que hacían guardia en el muelle, los diputados Keratry, Glais-Bizoin, Steenackers y Julio Ferry; hablaron con los oficiales, pidieron á la guardia municipal que se retirara y excitaron á la guardia nacional á que avanzara. Estaba abierta la verja, á pesar de que debía estar siempre cerrada, y los diputados Picard, Ferry y Arago no hacían más que ir y venir para llevar nuevos grupos de invasores á la tribuna de la Cámara. Hacia la una y media llegó un batallón de guardia nacional con tambores y oficiales á la entrada del puente de la Concordia, donde la guardia municipal le cerró el paso. Hubo protestas y se exigió un puesto de honor inmediato al palacio para esta guardia nacional, que aquel día no estaba de servicio. Los diputados asediaron al cuestor para que despidiera á la guardia municipal, pero el cuestor no quiso dar semejante orden descabellada. Entonces el diputado Cremieux llevó á la entrada del puente al viejo

general Caussade, que tenía el mando en jefe de toda la fuerza de la policía, y este general tuvo la debilidad incomprendible de dar la orden de retirada, dejando á las Cámaras completamente á merced del pueblo. En su consecuencia, se retiraron con la guardia municipal los comisarios y demás personal de policía, y entonces las masas del pueblo y los guardias nacionales acudieron de todas partes á la verja, que fué abierta ó que se abrió cediendo al empuje, y penetró en el interior todo aquel revuelto torrente humano. Las tropas que estaban en el jardín de la presidencia eran reclutas, que apenas conocían el uso de las armas, y no se movieron. En el salón de conferencias estaba sentado el general Caussade junto á una de las columnas de bronce, y miraba como atontado la muchedumbre, á la cual un solo hombre resuelto y enérgico habría hecho retroceder con facilidad.

Una turba de individuos haraposos llegó gritando: «¡Abajo el imperio! ¡abajo el cuerpo legislativo! ¡viva la República!» y entró en la sala de sesiones cuando sólo había en ella el presidente Schnéider y una docena de diputados. El presidente procuró restablecer el orden, pero no se oyó su voz ni se hizo caso de su campanilla. Desde las tribunas saltaron directamente á la sala los jefes que habían llegado primero, y se unieron con su gente, encaramándose todos sobre mesas y bancos, abriendo los pupitres, rompiendo los tinteros y atronando con su vocerío en medio de un desorden indescriptible. Cremieux y Gambetta procuraron hacer salir á los invasores con buenas palabras, pero su voz fué ahogada por los gritos confusos, mientras iban penetrando nuevas turbas, á pesar de no haber ya apenas en el interior. De repente se oyeron culatazos de la parte de las entradas exteriores, seguidos del ruido de puertas derribadas y de vidrios rotos. Eran las dos y media; y agitada por uno de los revolucionarios, se presentó una bandera tricolor con la inscripción: «Batallón 73, compañía 5.^a, distrito 12.» El presidente, al ver ocupados por el populacho todos los puestos de los diputados, llenos todos los pasillos de gente perdida que gritaba confusamente, y no creyendo ya segura su vida en aquel sitio, declaró cerrada la sesión y salió del edificio. Apenas se retiró, dos jóvenes se precipitaron hacia su puesto y se sentaron á la vez en su silla, empezando el uno á agitar la campanilla.

En aquel momento apareció otra vez Gambetta en la tribuna de los oradores y consiguió algunos instantes de silencio para hacer la siguiente declaración:

«Considerando que la patria está en peligro;

»Considerando que se ha dado á la asamblea nacional todo el tiempo necesario para proclamar la destitución;

»Considerando que nosotros somos y representamos el poder constitucional, producto del sufragio universal;

»Declaramos que Luis Napoleón Bonaparte y toda su familia han cesado para siempre de reinar en Francia.»

Al oír estas palabras estalló una tempestad de aplausos, interrumpida pronto por el grito: «¡La República! ¡Queremos la República!»